

cerca con una ignorancia estupefaciente. México es un gran país ignorante y apasionado. Pero la escuela primaria acaba apenas de salir de manos de pastores y políticos; es decir, de un caos resonante de estupidez y, por otra parte, no contiene en sí la amplitud necesaria para cubrir todas las necesidades escolares.

La escuela primaria es de la ciudad, concurren a ella niños de las clases adinerada y media en un pequeño porcentaje. Nosotros necesitamos ir más lejos, a las clases humildes, a la fábrica, al pueblo, al campo. Y sacar la escuela de sus reductos teóricos, darle la flexibilidad de una práctica útil y sana. La enseñanza práctica a la manera de los Estados Unidos, para nada nos sirve, pues no se desea formar acumuladores de fortunas ni puede confundirse práctica con rapiña.

Las universidades produjeron ya un grupo perfectamente definido, el grupo universitario, idéntico en todo el mundo y formado por intelectos envidiables, roedores de bibliotecas y profesionistas. La escuela primaria, por su parte, corresponde a una necesidad diferente; pero no todos pueden ser universitarios ni bastarse a sí mismos con las enseñanzas difusas de la primaria.

Para esa mayoría del pueblo que vive salvaje y miserablemente, son indispensables escuelas, con un objetivo determinado, el de instruir precisamente a ese pueblo, ajustándose a sus necesidades y circunstancias típicas. ¿Y no será ésta, de entre las cuestiones educacionales, la importante, la noble, la humanitaria?

Para resolverla, se trata de utilizar la energía del Estado, eficazmente, en una labor educativa cuyos resultados serán inestimables si corresponden a una acción unitaria. Y mientras tanto, crear escuelas de todas índoles por todas partes, como se hace actualmente en nuestra Universidad Nacional, desaristocratizándola, volviéndola un poco menos Universidad.

